

EL RELOJ

UN CUENTO BREVE



Jordi Díez

Se atusó la barba, se miró en el espejo del recibidor y echó un vistazo por la mirilla antes de decidir si usaría, o no, el sombrero de felpa que le habían regalado sus nietos. La brisa que agitaba las hojas de los árboles del parque lo convenció y se lo caló. Mientras insertaba las llaves en la cerradura, el espejo del recibidor le devolvió el rostro de un viejo en el que cada vez le costaba más encontrarse. Sopló, se puso el abrigo largo y abrió la puerta blindada: tres vueltas a la izquierda para desbloquear los pasadores de seguridad y tres más al contrario para dejar su casa protegida de nuevo. Miró su reloj, un antiguo regalo de su esposa que no funcionaba desde hacía varios años y en el que había gastado ya una buena cantidad de dinero sin que ningún relojero de la ciudad encontrara la razón del artilugio para negarse a funcionar. Está como yo, pensó, simplemente ha decidido que no hay motivo para seguir caminando. El viento helado lo abofeteó al girar la esquina obligándolo a agarrarse con fuerza las alas del sombrero y a buscar refugio pegándose a la pared. Se encorvó y siguió hacia el centro.

El viento apagaba el rugido cansino de las persianas de panaderías y quioscos que se levantaban a su paso, y que a la par de cuatro viejos como él, eran los únicos capaces de desafiar las tempranas horas en los días de fiesta. El sol apenas despuntaba en el horizonte tras los edificios, y el ayuntamiento no tardaría en desconectar el iluminado público. Algunos coches rompían la paz de las primeras horas y zigzagueaban nerviosos entre las calles.

Siguió el paseo pegado a las fachadas para guarecerse del viento. Si no hubiese sido por esa fuerte brisa, el día se había levantado apacible y el sol, que parecía tener prisa por aparecer, se adivinaba brillante y caliente.

Llegó al centro en una media hora. Le gustaba ir los domingos porque era el día en que montaban el mercado de antigüedades y eso, como cualquier cambio en la rutina diaria, le pulía la desazón. Los puestos se desparramaban alrededor del mercado municipal, un edificio modernista de finales del siglo XIX restaurado por el ayuntamiento del que sobresalía especialmente la cúpula, recubierta con baldosas de cerámica verde oliva, visible desde varios kilómetros de distancia.

A esa hora, los primeros ambulantes ya habían comenzado a depositar la basura a la que llamaban antigüedades sobre mesas plegables cubiertas por largos manteles mil veces extendidos. Centenares de objetos lastimados por el tiempo, rescatados de la basura que revivían por breves instantes espolvoreando las mesas y el suelo del mercado. Una campana de bronce agrietada, un jarrón dorado, útiles camperos, una gramola sin aguja, planchas de hierro, teteras más viejas que la propia planta aromática, llaves de hierro oxidadas cuyas puertas hacía años que se habían desguazado, trozos de verjas robados o arrancados de algún jardín o de algún cementerio. Chatarra que se arracimaba sin mayor orden que el capricho de quien las acababa de desparramar de aquella forma.

Lo que más lo entristecía era el rosario infinito de inutilidades atemporales. Le horrorizaban las figuras de santos, vírgenes, representaciones esperpento bíblico-santeras, muchas de ellas mancas o cojas, en especial los niños jesuses que habían perdido los dedos de sus manos ennegrecidas por el paso del tiempo. Un desgaste que cubría la mayor parte de los objetos con una patina amarillenta que se había comido el brillo y las ganas de vivir de todos aquellos chismes. Cucharas de plata, candelabros, muñecas, joyas, alfileres para

corbata, gemelos, cuadros apocalípticos en marcos todavía más aterradores, manteles y tapetes de ganchillo acabados en cabezas de cisne que jamás volverían a recuperar el blanco de su creación, barcos de nácar en miniatura, encendedores y ceniceros de todas las clases y formas, redondos, con un pulsador central que abatía la superficie para hacer desaparecer las colillas, cuadrados, en forma de bañera, con las inscripciones de otrora lugares famosos para el veraneo, lisos, de bronce, pesados y costosos como armas arrojadizas, cucharas, cuhillos y tenedores, platos grabados con imágenes bucólicas o castillos medievales. Casi todos los productos eran los mismos semana tras semana, así como los expositores, a quienes comenzaba a saludar por sus nombres. Venancio, el de los discos antiguos, o Roberto, el hombre que se había especializado en llaves y cuyo género desenvolvía sobre el suelo en una manta de terciopelo roja manchada por el óxido. Le parecían personas extrañas con vidas extrañas, siempre rodeados de cacharros cuya existencia debería haber expirado y que ellos habían rescatado para no sabía qué fines.

Fue recorriendo despacio todos los puestos, saludando a aquellos con los que ya había entablado alguna conversación, y observando cómo montaban los más rezagados. Entre ellos existía una especie de camaradería que le fascinaba. Apenas si se hablaban, fumaban sin descanso cigarrillos encendidos con la colilla del anterior, los dedos amarillentos a juego con la mayoría de sus pertenencias. Parecían vestir también la misma ropa envejecida como si para vender esa basura ellos mismos tuvieran que formar parte de ella. Domingo tras domingo había ido comprendiendo que su fascinación se derivaba del hecho que él también formaba parte de ese mundo apergaminado con el que había convivido cuando todos esos objetos no eran antiguallas, sino artículos sofisticados y modernos que todos se preciaban de tener en sus casas.

Iba más o menos por la mitad del mercado cuando vio una parada que no recordaba de otros domingos y se acercó con la cautela que separa al posible comprador del curioso.

La parada ocupaba la mitad que los otros puestos, apenas una mesa de no más de un metro o metro veinte soportada por dos caballetes en forma de uve y un mantel azulado grapado a los bordes de la madera. Detrás, un hombre vestido con un chaleco de cuadros sobre un jersey de lana tan descolorido como la tela que cubría su puesto de antigüedades descansaba en una vieja silla plegable de madera. Lo que le llamó de manera poderosa su atención fue que el vendedor vestía un sombrero exactamente igual al suyo. El hombre también pareció darse cuenta del detalle y lo llamó. Como si no fuera con él, intentó no darse por aludido y se giró haciéndose el distraído, pero los gritos insistentes del vendedor vencieron sus reticencias. Una sonrisa amarillenta y una tabla llena de relojes le dieron la bienvenida. El vendedor, que se presentó como Julián, le explicó los orígenes del sombrero que él calzaba, una historia mucho más rocambolesca que un simple regalo de sus nietos. Le explicó que había pertenecido a un antiguo tratante de arte amigo suyo y que había fallecido dejando como única herencia ese sombrero y un reloj. El sombrero no se había atrevido a venderlo porque entendía que nadie en su sano juicio compraría el sombrero de un muerto, pero el reloj, que había sido un regalo de amor recibido en la juventud de una antigua amante, sí lo tenía a la venta. Sin dar tregua a la respuesta, comenzó a separar de la montaña de relojes uno tras otro hasta encontrar el que buscaba. Lo frotó contra el chaleco y se lo mostró. Un reloj Festina con la cadena y caja metálicas. ¿Qué vale?, preguntó el hombre. Está bañado en oro, le advirtió el vendedor, y sin regatear un céntimo, lo compró.

Dejó la parada como pudo y consiguió llegar hasta un banco fuera de la vista del vendedor sobre el que se desplomó. El viento agitaba las solapas del abrigo y estiraba del sombrero. Sentía la respiración agitada. Hizo un esfuerzo y se caló el sombrero contra la coronilla, después metió la mano en el bolsillo donde había guardado el reloj. No podía ser, se repetía sin parar. Desde que aquel maldito charlatán se lo había mostrado, una sensación de terror se había apoderado de su cuerpo. Sentía el corazón golpear la caja desde dentro con una fuerza que no recordaba desde su adolescencia, las rodillas, en un amago de descoordinación, también habían cedido y solo un exceso de voluntad le había permitido llegar hasta el banco. Ahora sentía el metal frío atravesando el papel cebolla en el que estaba envuelto clavándosele a través del forro de los pantalones.

Disculpe que no le dé el estuche, había bromeado el vendedor, antes de añadir que desde que su amigo se lo había entregado, hacía más de diez años, no le había dado cuerda jamás y nunca se había parado. Una vez lo vendí, le dije, y me lo devolvieron al cabo de una semana sin darme ninguna explicación.

Sacó la mano del bolsillo y se arremangó el brazo izquierdo. Miró su reloj, parado, en la misma hora desde hacía poco más de diez años. El recuerdo de su esposa lo asaltó con tanta fuerza que no supo si podría levantarse más de ese banco. Recordaba perfectamente el día que se lo regaló, once años atrás, el último regalo que le hizo antes de que le diagnosticaran el cáncer que se la llevó. Aguantó la mirada en la esfera del reloj al mismo tiempo que se metía de nuevo la mano al bolsillo y tanteaba su reciente compra.

Esperó a sosegar un poco y lo sacó. Hizo una cazoleta contra el pecho para que el viento no se llevara el envoltorio y, poco a poco, fue separando las puntas del papel cebolla hasta dejarlo al descubierto. Miró la aguja segunda, tic-tac, tic-tac, tic-tac, impasible y desconocedora del torrente de emociones que su simple movimiento había despertado. Observó el minutero pausado en el número veinte y la horaria en el ocho, las ocho y veinte de la mañana, y treinta segundos, treinta y uno, treinta y dos.

Permaneció unos minutos ensimismado en el artilugio. Le dio vueltas, observó la cadena metálica, sus eslabones, la corona, la disposición del calendario, que marcaba el día siete del mes de marzo, seguramente sería así, y lo giró para observar con más detenimiento la caja. Conocía de sobras las letras grabadas por el fabricante. Las mismas que estaban grabadas en el último regalo de su esposa.

Abrió la cadena y se lo puso en la mano izquierda, junto al otro. Ambos eran idénticos, el mismo reloj, el mismo tiempo, el mismo envejecimiento, la misma patina que amarilleaba la vida los había castigado a ambos por igual. La cadena le bailaba un poco en la muñeca y se lo quitó. Mañana lo llevaré al relojero, pensó, le diré que por fin funciona. Una ligera sonrisa cruzó su rostro frío y arrugado y se fue para casa.

Por el camino sintió amainar el viento y durante todo el trayecto mantuvo el reloj bien asido con la mano dentro del bolsillo del abrigo.

Al día siguiente, a las nueve en punto, ya estaba frente a la joyería de su amigo Mariano, un andaluz con muchos años de oficio que se jubilaría, como el mismo decía, el día que lo metieran en una caja de pino. Cuando abrió la puerta, sin corresponder al saludo de Mariano, se abalanzó sobre el mostrador de cristal, metió la mano en el bolsillo y depositó el

reloj con un golpe seco. Buenos días Mariano, dijo, ya funciona, pero ahora me baila la cadena, eso sí sabrás arreglarlo, verdad.

El andaluz miró a su amigo y se tragó con buen humor la chanza. ¿Tan viejo te has hecho que hasta los huesos se te han encogido? Después de tomar la medida de la muñeca del abuelo, el bueno de Mariano comenzó a desmontar los pasadores de la cadena para ajustarla a la medida de su nuevo dueño. Cuando acabó, le devolvió los dos eslabones sobrantes de la cadena y lo vio salir por la puerta ensimismado en su reloj.

Había estado toda la noche pensando si debía sacarse el que le había regalado su mujer, si ese sencillo acto supondría una traición a su memoria, o por el contrario era la señal de que la vida seguía y que el perdón había llegado al fin.

De camino a casa se fue preguntando cuál sería su siguiente paso, qué haría a partir de entonces. Nunca había tenido una vocación verdadera, su trabajo como cajero en una oficina bancaria solo le había dejado las ganas de no volver a pasar jamás frente a ella. ¿Qué podía hacer, jardinería?, no, ¿artes manuales, maquetas, cuadros, miniaturas?, no, no, ¡el armario estaba lleno de las réplicas en miniatura de todos los barcos del mundo que le habían regalado por sus sucesivos cumpleaños, navidades y santos desde que enviudó! ¿Viajar?, nunca le había apetecido demasiado. Observó el reloj de nuevo, la segunda que le recordaba el paso del tiempo y la necesidad de seguir funcionando, tic-tac, tic-tac, tic-tac.

Cuando llegó a casa, dejó el abrigo en el armario del recibidor, se cambió los zapatos por las pantuflas, se sentó en el sofá que dominaba la sala y recordó aquella última noche lejana pero repetida en su memoria cada día desde entonces. La noche en que su esposa le pidió que acabara con el cáncer que le comía la vida.

Se levantó y recorrió la casa con la mente puesta en esos once años de renuncia. Recordó entonces que tenía que hacer algo con el viejo reloj. Lo dejó sobre la mesita de centro, junto a los dos eslabones, y lo miró. El mejor lugar sería guardarlo en el joyero de su esposa, con las joyas que había decidido conservar. Cogió un pañuelo de seda limpio, lo envolvió y buscó el joyero dorado. Recordaba haberlo visto en el armario central de la habitación. Lo abrió de par en par y se fijó en el interior. Todo el lado derecho estaba repleto por los viejos vestidos de su esposa, todavía cubiertos por las bolsas de plástico con que su nuera los había protegido de las polillas y del paso del tiempo. Sobre la barra de colgar la ropa habían mandado instalar un estante en el que guardaban maletas de viaje, cajas vacías que alguna vez contuvieron electrodomésticos, viejas cajas de zapatos llenas de fotografías, cartas y extractos bancarios perfectamente ordenados en pequeños archivadores de dos anillas. Toda una vida de movimientos bancarios embutidos en tres cajas, pensó. Corrió los vestidos un poco más a la derecha para hacer un hueco en el que colocar la escalerilla de tres alturas y subió en busca del joyero. El polvo cubría la parte trasera del estante a la que no llegaba cuando sábado tras sábado pasaba el paño por cada rincón de la casa. Bajó unas cuantas cajas al suelo para hacerse algo de espacio y fue moviendo otras cajas hasta que dio con una pequeña bolsa de basura negra atada con una brida en la parte superior. Una nota amarilleada pegada con cinta adhesiva anunciaba el contenido de la bolsa: "Joyero". Lo cogió con cuidado y lo depositó sobre la cama. Sonrió satisfecho y se limpió el polvo que se había adherido a las arrugas de las palmas de sus manos contra las perneras de su pantalón. Después alzó las cajas que había bajado del estante y las volvió a colocar en su lugar.

La voz de su hijo lo asaltó como si lo tuviera tras de él, ¿cuándo vas a tirar toda esa basura?, ¿cómo si no lo hubiera intentado mil veces!, le dolió el último recuerdo mientras esponjaba de nuevo los vestidos de su esposa.

El brillo de la lámpara del techo se reflejaba en las bolsas que los cubrían del tiempo como crisálidas con el síndrome de Peter Pan, negadas a convertirse en mariposas, desafiantes al paso del tiempo o directamente muertas en el interior de los capullos. Tomó aire, todo el que cupo en sus pulmones, y lo escupió con fuerza, entonces se abalanzó contra el armario y sacó todos los vestidos de una sola brazada. Las perchas se le clavaban en la cara y en el cuello, y el olor de la vejez atrapado en aquellas larvas plastificadas le reventaba el cerebro entrando con fuerza por sus fosas nasales. La altura de las bolsas le tapó la visión y se chocó contra la mesita, contra la cama, contra la puerta, dolorido y rabioso ni siquiera dejó exclamar un grito de dolor. Corrió por la casa abrazado a los vestidos envueltos en plástico golpeándose contra los marcos de las puertas, contra la mesa del teléfono, contra la maneta de la puerta del recibidor, contra el telefonillo cuando intentó encontrar el botón de abrir la puerta de la calle. Resoplaba y sudaba a partes iguales por el esfuerzo. Tras varios intentos, dio con el pulsador, abrió la puerta y tiró todos los vestidos a fuera. De un solo lanzamiento. Abrió los brazos y los expulsó. La mayoría ni siquiera alcanzó altura suficiente y cayeron a sus pies. Los reconoció, el vestido de flores rojo, la blusa de ir al cine, la falda plisada que le regaló aquel invierno. Los pateó. Pateó cada una de las bolsas hasta que consiguió que ninguna de ellas tocara la línea que separaba su casa del suelo de la calle, entonces cerró la puerta con fuerza y giró la llave.

Exhausto cayó al suelo, apoyó la espalda contra la pared del recibidor y gritó hasta el ahogo. Permaneció un rato tirado sobre las baldosas que habían escogido mil años atrás, cuando compraron aquella casa con su primer préstamo. Imaginó entonces la calle llena de vestidos, el viento se habría llevado la mitad de ellos, que estarían corriendo por la acera, o peor aún, interrumpiendo el tráfico si habían caído a la calzada. ¡Dios mío, a ver si su locura había causado algún accidente! Se levantó despacio y se asomó a la mirilla de la puerta. Apenas pudo ver demasiado porque un grupo de personas se habían arremolinado frente a la entrada de su casa. Permaneció en silencio con el ojo pegado a la lente convexa que le permitía ver la calle y vio gente que gesticulaba y se movía nerviosa. Aguantó unos instantes más y entonces comprendió lo que ocurría. No sabía si había causado algún accidente, pero lo que podía identificar por los movimientos confusos que adivinaba al otro lado de la puerta blindada era que aquellas personas, casi todas mujeres, se estaban repartiendo el botín y peleaban por los vestidos de su difunta esposa. No supo si echarse a reír o tumbarse de nuevo en el suelo. Al final alzó los hombros y se fue a la sala. La camiseta de felpa que vestía bajo la camisa de mudar había absorbido casi todo el sudor por el esfuerzo y se sentía sucio.

Se dio un baño largo, con agua caliente y abundante jabón. Dejó que las gotas ardientes punzaran su cuerpo, caído por la presión de la gravedad y los años, hasta que el calor se le hizo insoportable. Cuando salió todo el baño era una nube de vapor, como su cabeza, y abrió las ventanas para que se disipara. No se atrevió a ir al armario y se quedó envuelto en la toalla, como aquella noche.

Llegó hasta el sofá de la sala y se quedó dormido. Por favor, suplicó en el sueño, perdóname esta vez, gritó en el éter de la inconsciencia.

Las luces de las farolas atravesaban impunes el cortinaje de la sala y tuvo que envolverse bien en los cojines para conciliar el sueño. Soñó con un enorme reloj de cuco vestido con la blusa plisada de flores de su difunta amada que lo martirizaba cada segundo con golpes secos del péndulo en la sien, a picotazos salvajes del pájaro de madera que aparecía atravesando las puertas abatibles del reloj como los forajidos entran en un salón del oeste.

Se despertó temprano, como todos los días de su vida, tuviera o no obligaciones pendientes. Miró a su alrededor envuelto en un paisaje que no era el habitual, la mesa, el televisor encima del mueble que les había regalado años atrás su hijo, el jarrón con flores de plástico que algunos domingos en la mañana limpiaban con su esposa armados con un rollo de algodón y gel seco, ¿dónde estaba su mesita de noche, el espejo, el tocador sobre el que todavía brillaban los frascos de perfume y los enseres de maquillaje? No había dormido en su cama, ahora lo recordaba. Se miró y se vio desnudo, siguió los vellos negros que nacían en dirección al ombligo, creando una especie de bosque inclinado por la fuerza de la gravedad con una única dirección: el suelo. Se vio los genitales, muertos, el vello tapaba más de la mitad de su pene y los testículos caían del modo más grotesco posible, tanto que lo obligaban, cada vez que se sentaba, a levantarlos en un movimiento automático de su mano izquierda. Se miró las piernas, delgadas, encorvadas hacia delante, e intentó ponerlas rectas, ponerse todo lo tieso que fuera capaz, levantó las manos y cogió un aire que soltó en un suspiro largo y prolongado. Repitió varias veces la operación hasta que tuvo una ligera sensación de mareo, y las bajó.

Entonces acudieron a su mente las imágenes de la tarde anterior, se vio arrancando los vestidos de su mujer del armario y lanzándolos por la puerta de casa.

Regresó a la habitación y abrió el armario. ¡No estaban! Por primera vez en la última década no habían vuelto. Se bañó, se afeitó y se vistió. Mientras se afeitaba pensó en los huevos con jamón que hacía tantos años que no comía. El colesterol, oyó la voz de su esposa, y recordó el gusto de las patatas fritas mojadas en la clara de huevo, con trocitos de pimienta.

Cuando llegó al bar se sentó en una mesa y pidió un plato con dos huevos fritos, pimientos verdes, jamón serrano, patatas fritas y un vaso de vino.

El camarero, cocinero y propietario del bar lo miró, le hizo una broma que no escuchó y se refugió tras la cortina que separaba la barra de la cocina. Al cabo de unos minutos apareció con un plato grande en el que flotaban dos huevos fritos rodeados de pimientos verdes, jamón serrano y patatas fritas en una combinación de colores que hacía mucho tiempo que no veía, demasiado. Y pan, trae pan, le pidió.

Cuando salió del bar estaba feliz, su paladar saboreaba todavía el gusto del café con gotas de coñac y su mente recordaba con total perfección el sabor pegajoso de la grasa que acababa de ingerir. Pensabas que no lo haría, se dijo, y decidió dar un paseo hasta casa.

El primero que vio lo cogió desprevenido, hundido en sus recuerdos, y dudó de su propia vista, pero cuando pasó una señora con el vestido de flores rojo no tuvo dudas, ¡era uno de los vestidos que había tirado a la calle! Aguzó la vista y comenzó a reconocer las prendas, una blusa, un pañuelo, faldas, pantalones, ahora un jersey, allá una señora con la rebeca de salir al parque ¡Todos los vestidos que había tirado caminaban por la calle en

nuevos dueños, o mejor dicho, en nuevas dueñas! La visión lo aturdió. Buscó a su alrededor y la vista se detuvo en un banco metálico bajo un plátano gigante. Se sentó y tomó aire con lentitud. Después volvió a fijar su vista en todas las mujeres que pasaban por la calle. La que salía de la carnicería llevaba el jersey blanco de cuello de cisne que tanto malestar le producía porque no paraba de rascarse, y otra señora, una que ataba a su perro en los ganchos de la fachada de la panadería, presumía de nalgas embutida en la falda plisada, aquella que siempre utilizaba con las medias oscuras y los zapatos de tacón medio con la hebilla dorada. Pasó más de una hora en el banco observando las mujeres del barrio. Una gran pesadumbre lo aplastó. Así era la nueva forma de castigarlo esta vez..., pero no consentiría que lo hiciera de nuevo. Miró el reloj y se levantó. Anduvo todo lo deprisa que sus huesos le permitieron y entró en su casa. Pasó un momento por la cocina a coger un rollo de bolsas de basura y corrió a su habitación. Echó un vistazo alrededor, comprobó el armario, todavía vacío, y abrió el zapatero. Desplegó la primera bolsa, sopló en su interior para despegar las caras plásticas y comenzó a echar zapatos. Decidió empezar por los más caros, por los de tacón, los de noche, los que lucían adornos en el empeine, los que dejaban visto el tobillo, los cerrados, las sandalias de verano, las botas de invierno, las botas de caminar que se ponían los domingos que iban al campo, y todas las zapatillas de ir por casa. Había llenado cuatro bolsas inmensas de pares de zapatos. Con la menos pesada al hombro se acercó hasta la puerta de casa, la abrió y dejó la bolsa junto al contenedor de basura, entonces volvió a casa, cogió la segunda bolsa y la sacó hasta la esquina. Regresó y llevó la tercera hasta el contenedor de una calle paralela, y la cuarta bolsa en la otra intersección. Regresó a casa sudando, entró y se sentó en el sofá.

Esperó unos instantes y se levantó a observar por la mirilla. Se miró el reloj, inexorable, ajeno a todas las emociones que le embargaban y a la extraña sensación de bienestar que le había producido vaciar los armarios. Tic-tac, tic-tac, tic-tac, aguantó unos segundos y recorrió la puerta lo suficiente para echar un rápido vistazo a la esquina, ¡la bolsa ya no estaba! Cerró de un portazo y se derrumbó de nuevo en el sofá. ¿Cuál sería el castigo esta vez?

Se levantó de nuevo y corrió a la habitación. Recuperó el rollo de bolsas de basura y arrancó una. La abrió agitándola con fuerza para que el aire desperezara el plástico y, cuando la gigantesca boca negra estuvo presta para ser alimentada, entró en el baño, abrió los cajones y comenzó a echar todos los botes, tarros, pintauñas, lápices de ojos, cepillos, cremas, champús, geles íntimos, esponjas, algodones desmaquilladores, compresas (a pesar de que incluso antes de morir su esposa hacía varios años que le había sobrevenido la menopausia), gomas para el pelo, acondicionadores, tiras depilatorias, el cepillo de dientes eléctrico, todo lo que vio o supo que existía en aquel espacio que le hubiese pertenecido. Cuando comprobó que no quedaba nada en ninguno de los cajones, ni en las puertas de los armarios del baño, cerró la bosa con un gran nudo y la arrastró hasta la puerta. La dejó en el umbral y regresó a la habitación. Allí repitió el ritual con una nueva bolsa en la que empezó a vaciar todas las prendas del tocador, perfumes, ropa interior, adornos de bisutería, pendientes, broches, collares, cinturones, guantes, bufandas, el gorro de lana que utilizaba cada invierno a partir del día quince de octubre, calcetines, docenas de medias sin estrenar, un liguero que no recordaba haberle visto jamás, fajas, los dos primeros cajones del tocador metidos en una bolsa que ya no soportaba el peso de unas bragas más. La ató como pudo de las esquinas y la dejó junto a la otra. Todavía quedaban dos cajones del tocador y toda la

mesilla de noche. Le hicieron falta tres bolsas más antes de asegurarse de que no quedaba ni una sola prenda o enser de su difunta en la habitación. Cinco enormes bolsas que ocupaban todo el recibidor de la casa.

Las miró, miró de nuevo el reloj, paseó la vista por la sala y salió a la calle para repartirlas por los contenedores de basura de las calles aledañas. A más alejadas las dejara, más difícil le sería volver a ver todos aquellos objetos.

De vuelta a casa observó la sala con detenimiento, todavía no había acabado con la habitación, pero comprendió que tenía mucho trabajo por delante.

Necesitó tres bolsas más antes de vaciar la habitación por completo, toallas, sábanas, pañuelos, cortinas, e incluso las alfombras en las que descansaba su pisada cada mañana al levantarse. Las llevó a los mismos contenedores de basura en los que había dejado las anteriores y vio que ya no quedaba apenas nada de ellas. Algunas bolsas habían desaparecido por completo, y en otras los plásticos negros habían sido rajados para sacar el contenido. Se fijó con mayor atención y sintió que las miradas de los transeúntes se habían posado en su persona, como rapaces ávidas de conocer los movimientos de un ratón despistado. Lo primero que vio fueron algunos de los collares de su esposa, reconoció un fular, un broche de pecho, el brillo de la hebilla de un cinturón conocido, y ojos, muchos ojos vigilándolo desde el disimulo. Comenzó a recular hasta su casa sin dejar de reconocer objetos que habían pertenecido a su amada. Cuando llegó cerró la puerta con llave y se sentó en la silla de la sala. Sintió el pulso contraerse contra la correa del reloj y decidió soltárselo. Tenía miedo. No comprendía qué ocurría, pero pensó que sería mejor no seguir de día y esperó sentado hasta que cayó la noche. De repente se sintió hambriento y agotado. Entró con las primeras luces de las farolas, que ya violaban su comedor, en la cocina, abrió la nevera y sacó unos embutidos. Abrió el cajón de los cubiertos y vio que ninguno de ellos le pertenecía realmente. Se preparó un poco de pan con embutido, bebió un par de vasos de agua y comenzó a vaciar la cocina en las bolsas de basura que iba desenrollando del cada vez más mermado rollo. Intentó no llenarlas demasiado, consciente de que la porcelana de los platos, las tazas, los boles, los platos de postre, los de café, los tazones, y todos los cubiertos, pesaban mucho más que la ropa y que la mayoría de los utensilios que había sacado durante todo el día. Finalizó cerca de las cuatro de la mañana. A esa hora las calles estaban yermas de población, solo el olor a soledad, orines disueltos en alcohol, y algún vómito lejano le recordaban la presencia de otros humanos en aquellas horas tempranas. Se vio sin fuerzas para repartir las bolsas entre los diferentes contenedores y las dejó todas en el más cercano a su casa. Entró y se acostó. Durmió casi dos días bajo el peso del recuerdo de una almohada que presionaba el rostro de su esposa. Cuando se despertó vio restos de vómito y se sintió sucio y cobarde. Se bañó y salió a dar una vuelta por el barrio. Llegó hasta el bar y decidió entrar. Pidió de nuevo huevos con jamón y se entretuvo mojando migas de pan en la desvirgada yema, y tomando sorbos largos y lentos del Rioja. Sentía asco. Se miró las manos, ya hacía años que le habían comenzado a salir unas manchas marrones víctimas de la edad, sobre todo desde aquella noche, y recordó al imbécil del director de la agencia que le absorbió treinta y cinco años de su vida, como, con bastantes menos años de los que él tenía ahora, se hizo un tratamiento para quitarse las manchas que le costó una fortuna. ¿Para qué negar la evidencia?, se preguntó mientras el caldo recorría todos sus conductos hasta calentarle el estómago. Y la pregunta lo dejó sumido unos segundos en la

contemplación del huevo destrozado a golpe de migazos. ¿Ha valido la pena mi vida?, y un peso infinito lo aplastó contra la botella de vino.

Recordó el nacimiento de su hijo, como pensó que aquello culminaba una vida llena de amor por su entorno, de ilusión por vivir, de amor por su esposa, la gota de agradecimiento puro que brotó de su lagrimal. ¿Cuándo había muerto él, la misma noche que ella? Un nacimiento que no aplacó la bestia que lo había corroído toda la vida, esa necesidad por vivir cada segundo, por devorar libros, experiencias ajenas, manjares creados para el deleite del gourmet, cualquier situación, amistad o realidad que enriquecieran su vida los atrapaba y los engullía como las ballenas al plancton marino, en bocados infinitos esperando encontrar en tanta agua algo de esencia vital. Ésa era su vida, ¿cuándo se había acabado?

No fue aquella vez que se acostó con una compañera de trabajo retorciendo todas sus creencias sobre sí mismo y el compromiso, ni cuando supo que su amada había hecho algo parecido pocos meses después. Su vida no había valido para nada.

Dio otro trago largo al vaso emblanquecido por miles de sacudidas del lavavajillas, y salió. Había pensado, mientras acudía al bar, que pasaría por una ferretería para hacerse con algunas herramientas que simplificaran su trabajo, pero ahora tenía claro que así no acabaría jamás. Se miró la muñeca izquierda y el reloj pareció devolverle una sonrisa de complicidad. Entró en casa y corrió en búsqueda del último ejemplar que recordaba haber recibido de las Páginas Amarillas, buscó con paciencia en la eme hasta que encontró la empresa que buscaba, llamó y le prometieron, tras doblarle el precio por la insistencia, que al día siguiente empacarían toda la casa.

Salió y compró varios rollos de bolsas de basura y comenzó a llenarlas con todo lo que encontró en los cajones, en los armarios, en los muebles del comedor, y de las habitaciones, llenó bolsas de zapatos, ropa, cachivaches, libros, fotografías, discos, cintas viejas de casete, y todo lo que pensó que no reventaría el plástico de las bolsas una vez fueran alzadas y enterradas en el camión.

Sabía que las fuerzas no le durarían eternamente, y la duda por la locura que estaba cometiendo lo asaltaba tras anudar cada una de las bolsas, pero, ¿lo dejaría hacer esta vez?, se preguntó. Por lo menos esto me mantiene vivo, pensó.

Cuando llegó el camión de la mudanza ya hacía un par de horas que se había levantado. Había dormido encima del colchón, sin sábanas, que descansaban hechas un ovillo junto a la puerta del baño, saludó y le dio instrucciones al jefe de la cuadrilla, que básicamente consistieron en “llévese todo”, y salió a dar una vuelta por la ciudad.

Volvió a media tarde, sin haber probado bocado más allá de una magdalena y un par de cafés con leche. Había caminado por media ciudad y le dolían las piernas tanto como los recuerdos de una vida malgastada en las mismas calles de siempre, los mismos comercios, las mismas caras, las mismas cafeterías, los mismos edificios, los mismos árboles, la misma vida que los últimos cincuenta años. Era cierto que la ciudad había mejorado mucho con el tiempo, al contrario que él, pero no dejaba de ser el mismo pozo en el que recayó su familia huyendo de los olivos cuando él apenas era un mocoso de pantalones cortos, raídos y remendados, como la camisa, mil veces por las manos de su madre. El barrio el que su padre y su abuelo construyeron la casa, entonces en las afueras y en la rivera de una riera, no se

parecía en nada al original, pero su recuerdo guardaba el linotipo grabado de las mismas fachadas y las mismas vidas miserables que lo habitaban ahora. Comprobó con cierta sorpresa al pasar por allí, hacía varios años que no lo hacía, que los rostros cetrinos del campo andaluz se habían sustituido por los rostros negros del norte de África, otra hambre, pensó, igual de puta que la nuestra.

Allí había conocido a su difunta, una niña de rodillas descarnadas, huesos prominentes y unos ojos nerviosos que le ocupaban toda la cara. Los mismos ojos que suplicaron aquella noche que acabara con su chispa. Recordó las calles con lodo, los zapatos que se sacaban al entrar en casa antes de que su madre les zurrara con las agujas de hacer media si manchaban el suelo, el olor a aceite de motor que desprendía su padre tras horas de manipular una maldita máquina en el taller que le dio y le quitó la vida, como el banco había hecho años después con él mismo.

Reconoció la primera casa que alquilaron después de casarse, unos bajos que les costaron más litros de pintura de los que una persona normal es capaz de repartir uniformemente por las paredes, y tanto cepillo para sacar la mugre que cada vez que veía las juntas oscuras del alicatado de un baño le brotaba espontánea una sonrisa, ¿cuándo habían dejado de divertirse esos recuerdos? Allí había nacido su hijo, el único, y en el patio encalado con escobas viejas había corrido en el primer coche de pedales del barrio, el que ellos le compraron, de color azul cielo con una estrella amarilla pintada en el capó. Entonces sentía que la vida no le cabía en el pecho, que la felicidad que albergaba era demasiada para un solo hombre, que el cielo lo había premiado con mucho más de lo que era capaz de comprender. Sentía desbordarse cada vez que acostaban al pequeño y hacían el amor en silencio para no despertarlo, protegiéndolo en una esquina de la cama con cojines para que no se cayera al suelo mientras ellos reventaban de amor el colchón de lana.

Salió tan rápido del barrio como le permitieron sus envejecidas piernas, y tan deprisa como fue capaz para que nadie le reconociera, pero quién iba a hacerlo ya, si de los que pudiesen quedar la mitad habría muerto y la otra mitad se habría cambiado de barrio.

Salió del barrio como había entrado cincuenta años atrás, sin nada y escondiendo el rostro con el mentón pegado al pecho lleno de la vergüenza irracional de los que temen a sus orígenes. La misma vergüenza que le impidió reconocer que la lágrima que brotó al recordar a sus padres era de tristeza y añoranza, y la achacó a la edad y al aire cargado de porquerías que lo llenan a uno de contaminación.

El estado de la ciudad tampoco ayudó demasiado a calmar su ánimo, víctima del viento invernal que creaba remolinos de bolsas de plástico y hojas en las intersecciones de las calles, y de las obras a medio terminar que tenían las aceras y calzadas como las había dejado el acorazado Admiral Scheer en Almería después del mayo del treinta y siete, y que su padre siempre le recordaba cuando se quejaban por pequeñeces.

Llegó a casa sumido en tantos recuerdos que casi había olvidado el motivo de la huida. La puerta de la calle estaba cerrada y nada parecía indicar lo que había ocurrido dentro. Fue a girar la llave tres veces para liberar las bisagras de seguridad cuando recordó que la puerta apenas había sido ajustada de un portazo a la salida de los operarios, y que, si todo había salido como estaba previsto, se habrían llevado toda su vida a un almacén en las afueras de la ciudad.

Abrió despacio y pulsó con cierto temor el interruptor que habría de barrer la oscuridad reinante.

- Hola cariño, ¿cómo te ha ido hoy en el banco?

Un dolor puntiagudo le bloqueó la parte derecha de su cuerpo y lo tiró al suelo envuelto en sudor y náuseas. La sensación de que un gato hidráulico le oprimía el pecho le duró apenas un par de minutos que controló, segundo a segundo, en su reloj, tic-tac, tic-tac, tic-tac.